



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD.—DERECHOS RESERVADOS

**CAPILLA ALFONSINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. L.:**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Artes Gráficas MATEU.—Paseo del Prado, 30.—Madrid.



## De sobremesa

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

I

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La obra de Gregorio Martínez Sierra *Canción de cuna* es una de las más bellas comedias estrenadas en estos últimos años. Fui de los primeros en conocerla y en predecir su triunfo. Aunque el aplauso del público y los justos elogios de la crítica no hubieran sido en esta ocasión tan unánimes, en nada hubiera rectificado mi juicio. Además... ¡esperaba desde hace tanto tiempo esa comedia! ¿Os acordáis, mi querido Gregorio, de aquella Redacción del *Madrid Cómico*, y de aquel vuestro primer libro, y de vuestra timidez, que es el pudor de las inteligencias honradas; timidez y pudor



que hoy desconocen tantos jovenzuelos osados que aun no escribieron una línea y ya creen haber conquistado el mundo?

A cualquiera podrá haberle sorprendido el triunfo de ahora, el que muchos llaman definitivo, ¡haber llegado! A mí no podía sorprenderme: no es Gregorio Martínez Sierra de los que se revelan de pronto. ¡Dios nos libre de las revelaciones! Si esta obra es una cifra brillante en su haber literario, no vino por un golpe de audacia ó de fortuna; es la suma de muchos sumandos que ya indicaban la riqueza acumulada por un trabajo constante, progresivo, bien intencionado siempre. Gregorio Martínez Sierra no es de los que aciertan una vez á sorprender con relámpagos ó fuegos artificiales; la luz de su entendimiento es calor de hogar permanente, porque es calor de corazón...

Y ahora, mi amigo de siempre, cuando yo sé que alguna vez juzgasteis tibieza de mi amistad el no haberse representado antes alguna de vuestras comedias, ¿lo deploráis ahora? ¿No veis cómo todo llega á su tiempo? ¿No veis cómo todo viene en-

cadenado en la vida, y cuando á distancia vemos los años pasados, tan necesarias como las alegrías son las tristezas para armonizar el destino de nuestra existencia? Hora por hora procuramos huir del dolor que nos sale al paso y se levanta ante nosotros como obstáculo entorpecedor; al cabo de los años nos parece que algo hubiera faltado en nuestra vida si aquel dolor nos hubiera faltado.

Y era cuanto yo quería decir en el día del triunfo, que yo no llamo definitivo, al autor de *Canción de cuna*. Y sabed, mi amigo de siempre, que una buena lágrima que tal vez visteis asomar á mis ojos al abrazaros después del estreno de vuestra obra, venía de más lejos que de la emoción causada por la obra misma: venía de muchos recuerdos, de muchas palabras calladas, de aquel vuestro primer libro, de aquella vuestra timidez de niño, y, ¿por qué no decirlo?, del orgullo de que, cuando para muchos se estrenaba en aquella noche *Canción de cuna*, para mí se había estrenado hace mucho tiempo.

\* \* \*



Persona respetable y bien enterada me asegura que los restos de D. Manuel Bretón de los Herreros, sepultados en el antiguo cementerio de San Nicolás, caerán en la fosa común en breve plazo si nadie se presenta á pagar los gastos de traslación. Creo que bastará con la noticia, sin lamentaciones ni comentarios, para que la Sociedad de Autores, ó la de Escritores y Artistas, ó el Ateneo, ó la Academia Española, ó todos juntos, ó el primer buen español que tenga unas pesetas sobrantes, se apresuren á evitar esa... pequeña vergüenza. ¡Ojalá pudieran evitarse á tan poca costa otras mayores! La persecución de mujeres por esas calles, sin ir más lejos. Cualquiera medida que tomen las autoridades para ello, la más arbitraria, la más draconiana, será bien recibida. Hasta la de obligar á esos hombres valientes, insultadores de mujeres, á vestir las faldas-pantalones que tanto les indignan. Si entre las mujeres hubiera verdadera solidaridad, ellas son las que debieran correr por esas calles á esos varones sin otra apariencia de ello que el traje masculino. Aunque, bien mirado, hay para compade-

cerlos. ¿Qué mujeres tendrá ó habrá tenido en su casa el que no sabe que toda mujer es tan respetable en la calle para todo hombre como si fuera mujer de su propia familia? Pero, es claro, hay caballero que se echa á la calle, harto de haber insultado con mil groserías á las de casa. ¿Qué no hará con las extrañas? El hombre, como el cacarol, lleva siempre su casa á cuestas. El que insulta á una mujer en la calle, es que le sobraron insultos de los que acostumbra á dirigir á su señora. O que devuelve los que su señora le ha dirigido, y no se atrevió á contestar, y ¡el pobre hombre no ha de quedarse con ellos!

\* \* \*

Las modernas indagaciones de la crítica artística llevan la alegría por barrios. Cuando un Museo ó un coleccionista están más ufanos con un Velázquez ó con un Rafael ó con un Greco, sale un señor crítico de Arte aguándoles la fiesta con decirles que, lo que se creyó original, es copia, ó alegrándoles el duelo con la afirmación con-



traría. Nadie sabe ya lo que tiene. Es para creer en todos los cuadros viejos y para no creer en ninguno.

El Museo del Louvre se ufanaba de poseer la verdadera *Gioconda*; nosotros mirábamos despectivamente la de nuestro Museo del Prado. Se volvieron las tornas; durante unos cuantos años la verdadera *Gioconda* será la nuestra. Aunque bien pudieran serlo las dos, y aun no serlo ninguna. Esta *Monna Lisa*, tan traída y llevada con el enigma de su sonrisa, quiere, por lo visto, ser enigmática en todo. Leonardo de Vinci era artista minucioso hasta el resobado, y es lo más probable que las dos *Giocondas* fueran, en su intención, estudios y apuntes para una tercera, que acaso parezca el día menos pensado. Mucha importancia concedía Leonardo al fondo de sus figuras, y hasta procuraba infundirle algún simbolismo apropiado. Por esta consideración más parece la *Gioconda* definitiva la del Louvre. Pero también pudo ser que, para mayor enigma, le pareciera mejor fondo el fondo indeterminado de la *Gioconda* de Madrid. ¡El demonio de la seño-

ra! Nada, que se ha propuesto dar que hablar por los siglos de los siglos. Bien dijo su pintor y presunto enamorado: «Bella forma mortal passa é non d'arte». Ya sé yo cómo resolvería este pleito uno de nuestros chulos castizos; diciendo de una vez. «¡Vaya una tía *Gioconda*! Sólo que, al pronunciarlo mal, estaría en lo cierto.





## II

La comedia novelada de D. Eugenio Sellés, *Icara*, con satisfacer plenamente en la lectura, deja, no obstante, en nuestro espíritu el sinsabor que deja una vida trunca que nos pareció encaminarse á muy otro destino. No quiere esto decir que la serenidad del libro convenga menos, para una obra de serio y noble arte, que el bullicio de los teatros. Obras hay, en forma dramática, que nada ganarían al afrontar las luces de la batería: muchas de Byron; los admirables poemas de Browning; algunas comedias, quizás las mejores, de Musset. Pero *Icara*, no; se advierte, desde luego, que nació para el teatro, y todo en ella pide la expresión vigorosa que sólo en la representación escénica puede lograr la verdadera obra dramática. *Icara* se malogra en el libro. Y cuando público, crítica y empresarios se lamentan de que faltan au



tores y obras en consecuencia, ¿qué razones hay, que la razón no alcanza, para que *Icara* no haya sido representada? Descontemos la razón de méritos: tiene la obra muy sobrados, literarios y teatrales. Interesante asunto, de una importancia social que se sobrepone á lo que pudiera parecer de efímera actualidad. En cuanto á los papeles, razón suprema muchas veces para la admisión de una obra, nada dejan que descarrar al lucimiento de los actores. ¿Atravivimientos? Es el autor de *Icara* bien probado señor de la pluma, para temer groserías de pensamientos y de lenguaje en obra suya. ¿Por qué, entonces, *Icara* no ha sido representada? No ha muchos días nos ofreció una espléndida empresa minuciosa estadística de las obras representadas por su compañía; todo ello para blasonar, á más de un trabajo constante, de una amplitud de criterio que sería laudable si estuviéramos seguros de que era sincera. Lo cierto es que, sin contar las que han dejado de escribirse, en la seguridad de que no hubieran sido admitidas por ninguna empresa, acaso las mejores obras dramáticas de

estos últimos años impresas, andan sin haber logrado el favor de ese amplio criterio. Díganlo las tragedias bárbaras de Valle-Inclán *Aguila de blasón* y *Romance de lobos*; dígallo *Icara*; díganlo, del teatro extranjero, las verdaderas obras de arte: unas, traducidas para ser publicadas; otras, no traducidas por no perder el tiempo; mientras las empresas se desviven por traernos cualquier «comedieta» sin importancia ó cualquier dramón, al que se ha concedido demasiada. No es que me parezca mal, y cada uno en su casa es muy dueño de hacer lo que mejor le parezca y más crea que le conviene; pero no se pretenda darnos plaza de tontos, haciéndonos creer, cuando sólo se atiende á los legítimos ingresos de la contaduría, que se piensa, sobre todo, en los altos intereses del Arte.

\* \* \*

El batallador obispo de Jaca, él pelea en Madrid y la diócesis á la puerta, se opone, en nombre de la religión cristiana, á la cremación de los cadáveres. No sabemos en



qué texto sagrado podrá fundarse. No será, ciertamente, en el bíblico de la destrucción por el fuego ¡ay, Teresita! de las ciudades nefandas Sodoma y Gomorra. Si fuere, por dificultarse con la cremación, el prodigio final de la resurrección de la carne, grave ofensa de la divinidad, nos parece suponer que ha de serle más difícil resucitarnos de unas pavesas que de un montón de huesos. El que nos hizo de la nada, aun de la nada volverá á sacarnos, y, francamente, no valía la pena de molestarse.

No era preciso que el señor obispo de Jaca tronara desde tan alto contra la cremación. Sin consideraciones religiosas de tanto peso, ya basta contra ella la natural y humana repugnancia á desaparecer de modo tan terminante. Queremos aferrarnos á la vida hasta en la muerte; de ahí esa vanidad de monumentos funerarios, los epitafios rimbombantes, las esculturas que perpetúen nuestra forma mortal. Los más descreídos en la imperecedera existencia del alma creen todavía en lo imperecedero de la materia al través de transformaciones; acaso creen que aun han de renacer,

con los jugos de la tierra, en la flor, en la mariposa; que su «yo», su soberbio «yo», ha de existir por siempre, aunque algo desperdigado. ¿Cómo es posible que al morir se anule por siempre tanta grandeza? ¡Perderse así nuestras opiniones políticas, nuestros entusiasmos artísticos, nuestras preocupaciones sociales! ¡Saber que nuestro juicio particular sobre los más notables contemporáneos no significará ya nada en la armonía universal! ¡Que habremos oído el vals de los besos de *El conde de Luxemburgo* para no recordarlo en toda una eternidad! ¿Qué significaría entonces esta vida nuestra? No es cosa de perder, por una medida de higiene y de estética como la cremación, las posibles transformaciones de nuestro cuerpo miserable. No defraudemos á los gusanos. ¡Es tan numerosa la fauna de los sepulcros! Hay libros muy interesantes en que se estudia. Hay gusanos especialistas de cada parte de nuestro apetitoso individuo: unos, para el corazón; otros, para roernos los sesos; otros, los más golosos, tienen á su cargo, como los del romance, «donde más pecado había».



Tienen nombres distintos, nombres científicos, sonoros y expresivos. ¡ Oh, es muy curioso! ¡ Animalitos! ¡ Hermanos gusanos!— como diría San Francisco.—La cremación sería una estafa para ellos. Dejemos á la Naturaleza completar su obra; sólo ella es sabia, sólo ella sabe lo que nos conviene. De este modo, las cenizas de Alejandro podrían tapar un barril de cerveza, como razona Hamlet en el cementerio. ¡ Pobre príncipe! Aunque al morir sólo desea el silencio, como suprema paz para su espíritu, antes había soñado para sus cenizas la posible utilidad de tapar barriles. Todo, menos desaparecer del todo y para siempre.

He aquí por qué la cremación tiene tan pocos partidarios. Entre una sepultura en la tierra y una pequeña urna en poder de nuestros allegados... La tierra nos ofrece mayor seguridad. La familia puede que perdiera la urna en una mudanza.



### III

El señor obispo de Jaca es de incesante actualidad. Los cronistas le deben un homenaje de gratitud. Su último grito es un llamamiento á las plumas ociosas—no confundirlas con las ociosas plumas; de dormir son éstas, y aquéllas de no dormirse.— El señor obispo tiene por lema: «A Dios rogando y con la pluma dando». Si en su mano estuviera proponer alguna inusitada advocación, en todas las iglesias de la cristiandad tendría especial culto Nuestra Señora de la Rotativa. Es de agradecer este singularísimo aprecio á las letras periódicas. Pero ¡ ay! en vez de tocar llamada á las plumas, ¿no fuera más pertinente llamar á los bolsillos? ¿A qué están las plumas? No, no es: «¡ El que sepa escribir, que escriba!», lo que hay que gritar. «¡ El que pueda pagar, que pague!» Ahí está el toque, el verdadero toque de llamada. To-



dos nos lamentamos de la indiferencia general, nadie se apasiona por una idea, todas ellas están indefensas: las religiosas, las antirreligiosas, las políticas y las artísticas. Y es que ¡está todo tan mal pagado! La literatura, en general; la periódica, en particular, no halla mejor recompensa que la de ser retirado de ella para ocupar algún puesto oficial. No hay mejor premio para los que valen; de donde resulta que los premiados, son baja por ascenso; los que quedan, baja por inútiles, y los postergados por la soberbia ajena ó la modestia propia, baja por desilusión y desmayo, por falta de esa interior satisfacción tan necesaria en todo militante. Si el periodismo fuera por sí mismo un buen fin, y no un medio para otros fines, nadie cambiaría su puesto de honor en el combate por otros puestos que han de quedar indefensos al faltar los mejores para defenderlos. Entre los que van de pasada, con la ambición más alta, y los que á nada pueden aspirar, ya desesperanzados, las ideas quedan á merced del enemigo, abandonadas como impedimenta. Menos cargos

políticos y mejores sueldos. Así habrá menos impaciencias y menos desfallecimientos. ¡El que pueda pagar, que pague! Veremos entonces cómo todo el que sepa escribir, escribe. Procure, procure el señor obispo de Jaca conmover el bolsillo de los fieles, funde un periódico, pague á los periodistas con sueldo de obispo y verá leones defendiendo los obispados. Con 25 ó 30 duros al mes, ¿qué ha de hacer el redactor del periódico más piadoso sino ayudarse y defenderse escribiendo algún entremés para el Salón Madrileño, sin licencia del ordinario? Y ¿qué ha de hacer el redactor del órgano más revolucionario más que escribir los gozos á unas monjitas, si se los encargasen? ¡Felices los que ignoran lo que pueden pesar 25 pesetas sobre nuestras convicciones más íntimas y nunca hicieron traición á una idea por menos de dos ó tres millones!

\* \* \*

Las tiples han dado en fugarse. Es el modo más delicado de participarnos su



efectuado enlace, que no sería bien anunciar más claramente. Hoy todo se anuncia, hasta las defunciones de la virtud; para las que está más indicado que en ninguna otra el: «Se suplica el coche».

¡Y hay quien cree que en el teatro todo es libertad! Ya ven que no es así, cuando las tiples necesitan fugarse para poder amar libremente. Hay muchas señoritas de buena casa que, para mucho más, no pasan de la escalera. Verdad es que unas piensan en el contrato matrimonial, al que nada favorecen los anuncios previos, y las otras en la contrata artística, á la que favorece cualquier reclamo, aunque sea de codorniz y tan redoblado como el de las «verdecillas» del sainete. Ya se pagará á las tiples por fugas; siempre es una garantía de buenas formas y hasta de algún conocimiento musical, á falta de otros. Con todo esto, los perjudicados son el público y los empresarios; no porque se fuguen, sino porque vuelven.

\* \* \*

Algunos escritores de provincias claman contra nosotros los de Madrid porque, según ellos, tenemos establecido un *trust* de los bombos y nos pasamos la vida en batalla de flores: elogio va, elogio viene; siempre entre los mismos del corro. Y ¿qué se le va á hacer si el corro es tan reducido? Pero ¡lo que son las cosas y qué difícil es contentar á todos! Aquí, aun de los del corro, hay quien se queja si no se le cita á cada paso y se deja pasar sin referencia la comedia, el libro, la crónica ó el artículo. Claro está que sería preferible fuera el público quien nos diera á cada cual lo nuestro y nosotros lo suyo al público; pero con público tan indiferente y distraído, ¿no será obra meritoria la de bombearnos los unos á los otros? Ya procuramos destruir el efecto de las caricias públicas con los arañazos y mordiscos privados. ¡Pues sí que reina la paz entre los príncipes cristianos! Da gusto discurrir por cualquier Círculo literario.—¿Has leído la imbecilidad que publica hoy Fulano?—Nunca leo esas latas.—¿Has leído lo que dice de ti el idiota de Mengano?—Esto



cuando se trata de un elogio, para darle todo su valor.

Y se habla mal de todo lo que se lee, y peor de lo que no se lee; y todo es tabarra, todo es lata, ¡tan vaporosos estamos que todo nos pesa! Y nada es original y todo está dicho, ¡tan enterados estamos de todo!

Dejad, dejad que funcione el bombo mutuo; es cuanto queda de agrado y cortesanía en nuestras relaciones literarias. ¿Será mejor que nos destroremos los unos á los otros y los artículos sólo sirvan para alabanza de los políticos y de los *sportsmen*, de las marquesas viejas y de los toreros; las críticas de teatros para celebrar las decoraciones y el rumbo de los empresarios y la belleza de las espectadoras, y que todos suban, triunfen y medren sobre nuestras costillas, molidas por nosotros mismos? ¿Para todos hemos de guardar el secreto y entre nosotros no hemos de guardarlo? ¿Vale el público más que nosotros, para que le debemos la verdad? La verdad es para los iguales. El que quiera saberla, que llegue con la inteligencia ó con el

corazón. Y si aun hablando bien unos de otros no engañamos al público sobre nuestro mérito, ya que nos crea malos escritores que nos crea siquiera buenas personas.





#### IV

Todos los años nieva en primavera y todos los años reaparece el invierno por Abril ó por Mayo, con un frío, según frase consagrada, impropio de la estación. Todo esto no tiene nada de particular; lo particular es que, sucediendo lo mismo todos los años, todos los años nos produzca la misma sorpresa, como algo fuera del orden natural.-- ¿Ha visto usted qué frío se nos ha echado encima? Aquí todo se nos echa encima: la nieve, como la revisión del proceso Ferrer, como el problema de Marruecos. Nada se aprende de un año para otro. En el año próximo volverá á nevar en primavera y volverá á parecernos que la Naturaleza padece graves trastornos y volveremos á sorprendernos del frío impropio de la estación.

En las actuales circunstancias, la nieve ha sido tal vez la más elocuente manifestación de la opinión pública; el verdadero



jarro de agua fría sobre el ardor, más ó menos sincero, de tantos acalorados discursos. La temperatura de la calle no ha correspondido con la del salón de sesiones. Verdad es que ¡tan pocas veces está á tono lo que se discute dentro con lo que se opina fuera!

\* \* \*

Los que se habrán tranquilizado mucho serán todos los que se hallan bien avenidos con el orden social, venga de donde venga y lo imponga quien lo imponga. ¡Si estarán convencidos de la apacible condición de nuestros revolucionarios! Para una vez que podían disputarse la gloria de haber intervenido en una revolución, chica ó grande, todos, por el contrario, han procurado á toda costa convencernos de que ni ellos ni sus amigos pudieron tener la menor intervención en ella. ¡No faltaba más! Ellos no están conformes con nada de lo existente, pero en el fondo son gente de orden. Con creyentes así poco hubiera prosperado el cristianismo. Al primer mártir

sacrificado, en vez de ensalzarle por su fe, hubieran tratado de probar que era tan pagano como el primero y que su martirio... había sido una lamentable equivocación imperial; con lo cual el calendario hubiera perdido un santo y mártir y el emperador se hubiera quedado tan fresco. Yo no sé, pero me parece que siempre es más lúcido ser mártir de las ideas propias que de las ajenas.

\* \* \*

Sin eufemismos de contaduría, Ivette Guilbert ha sido un fracaso ante nuestro público. ¿Por falta de ambiente? No puedo creerlo: el público que asistía á la presentación de Ivette Guilbert era justamente el público selecto para quien París y sus artistas no son una novedad ni una rareza. ¿Es que la artista ha perdido con los años? No, Ivette Guilbert ha ganado físicamente, y artísticamente, si nada podía ganar, porque en su arte llegó á la perfección hace mucho tiempo, nada ha perdido tampoco. Su repertorio es hoy más variado, más extenso; á las canciones canallescas y maca-



bras, que eran su especialidad, ha unido canciones del siglo XVIII, ingenuas unas, como canciones de niñas al corro; galantemente picarescas otras. Ivette Guilbert es la Duse de este género, que, por ser muy de Francia, no es de un particularismo tal que no pueda interesarnos y justifique el desvío de nuestro público. No hay arte chico ni grande; hay artistas muy chicos y grandes artistas. Ivette Guilbert sabe hacer de una canción una comedia ó una tragedia; en su voz, en su gesto, en sus actitudes, viven, á cada estrofa, almas diversas. ¿No es todo un drama la canción *Le roi fait battre tambour*—escrita á la muerte de la famosa Adriana Lecouvreur?

El público de Madrid ha sido injusto en esta ocasión. Es ya tarde para reparar la injustia. Se comprende que haya público para todo, y hasta me parecería mal que todo el público entendiera de todo, mientras haya clases; pero, la verdad, que precisamente cuando hay que admirar verdadero arte sea cuando falte el público, es algo triste.

\* \* \*

Gracias á los que se interesan por mi salud ó por mi estado de ánimo cuando falta una *Sobremesa*. Váyase por los que desearían que reventara de indigestión en una de ellas. Gracias también á los que creen que algunas, por impublicables, van al cesto de los papeles. Basta con que sepamos que no es así los que debemos saberlo. La verdad es que no ha de trabajar uno siempre para fuera y quizás escribe uno más cuando menos escribe, y aun en páginas más duraderas, y no siempre está uno para expansionarse, y más cuando se va para viejo, y rara vez rompería uno el silencio de oro sin apremios de plata. Conque ya lo saben todos los molestos ó contrariados con que uno escriba: no tienen más que organizar una suscripción, á unas pesetitas por molestia, y yo prometo no volver á tomar la pluma en mi vida, ni aun para agradecerles la mala voluntad de su buena obra. Con dinero se arregla todo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1940 1625 MONTERREY, MEXICO



## V

Yo no sé si se ha escrito—la erudición no es mi fuerte;—pero de no haberse escrito, debiera escribirse un libro de las procesiones de Semana Santa en España. Decía un gran actor francés, maestro de actores, que el verdadero actor debe aprovecharse, en primer lugar, de sus buenas cualidades, y, en segundo lugar, de las malas. Este buen consejo puede hacerse extensivo á toda persona, cualquiera que sea su condición social, y á todos los pueblos, cualquiera que sea su estado de civilización. Cuando no se puede sobresalir por adelantados, se debe procurar sobresalir por el atraso; el caso es sobresalir de algún modo. Esto de las procesiones no es precisamente como la aviación ó la telegrafía sin hilos; pero es mucho más pitoresco y mucho más castizo y, bien anunciado, pudiera ser de una gran atracción



para los extranjeros, curiosos de algo típico, cada vez más escaso, por culpa de la civilización, tan niveladora de costumbres como desniveladora de peculios. Sólo las procesiones de Sevilla han conseguido lo que ahora se dice reputación mundial. Sin rebajar nada de su bien ganado renombre, hay muchas otras que merecen ser conocidas. Las de Murcia, con sus imágenes de Salcillo, el Murillo de la escultura española, y, con él, una de las pocas notas de dulzura en el Arte español; con aquel ángel de la Oración del Huerto, bello como los de Rafael, símbolo artístico, al erguirse en su pagana belleza sobre la postración dolorosa del Nazareno, de todo el Renacimiento, protestante en nombre de la vida triunfadora y del Arte embellecedor de la vida.

Las procesiones de Cartagena, con pasos de Montañés, de Salcillo, comparación interesante. Las de Lorca, de primitiva ingenuidad, con sus escenas bíblicas y evangélicas, representadas por personajes de carne y hueso; reñidas competidoras en propiedad y en lujo. Y en poblaciones más humildes, en pueblos ignorados, ¡qué tesoros

de observación para el curioso! Las legiones de armados, los nazarenos, el pretorio con sus trompetas destempladas... Y sobre la devoción y la austeridad y las tinieblas en el templo, y las Siete Palabras en el púlpito, y los siete cuchillos clavados en el corazón de la Dolorosa, y sobre la Cruz redentora y el Santo Sepulcro, miradas y palabras y silencios de amor y de deseos que van enceniéndose por la boca y por los ojos de hombres y mujeres... Y la vida triunfa sobre toda tristeza, como el ángel murciano en la Oración del Huerto.

\* \* \*

Las Sociedades de aficionados protestan contra el aumento en los derechos de representación de las obras teatrales exigido por la Sociedad de Autores. Todo el que conozca la organización íntima de esas Sociedades ha de estar conforme con la protesta. No se comprende que pueda haber animadversión contra ellas por parte de los autores, de los actores ni de los empresarios. Para estos últimos, las Sociedades de



aficionados son una saneada fuente de ingresos; los actores no deben, sin ingratitude, mirarlos con malos ojos; casi todos se dieron á conocer en alguna de esas Sociedades, que vienen á ser las novilladas del arte dramático. En cuanto á los autores, por ellas ven popularizadas sus obras y por ellas ven representarse obras de repertorio olvidadas por las empresas. Las Sociedades apenas cubren gastos; de su desinterés no cabe sospechar. Son un interesante ensayo de socialismo aplicado al fin de proporcionar honesto recreo á muchas familias que no pueden pagar el lujo del teatro, si barato en Madrid, comparado con otras grandes capitales, muy caro en comparación con la riqueza de esas capitales y la madrileña.

Con la subida de los derechos sólo se conseguirá, como siempre, que la autoridad se excede, que el favor solicitado con recomendaciones se sustituya á la justicia, y, como el favor no es nunca equitativo ni desapasionado, todo parará en intrigas, desigualdades y molestias para ambas partes beligerantes: Sociedades dramáticas y

Sociedad de Autores. De nada sirve el general acuerdo si, después, unos autores ofrecen rebaja en sus derechos, y otros, por el contrario, exigen montes y morenas y anticipos y un número fijo de representaciones, cuando de obras estrenadas con aplauso se trate. Todo ello sólo sirve para que medren los que están en el secreto y hagan el tonto de la pantomima los que se atienen á la letra de los reglamentos. Lo mejor sería dejar á cada uno en libertad de estipular sus derechos con las empresas y con las Sociedades. Y ya que todo sea comercio, libertad de comercio y competencia libre. Es el sistema inglés, y hemos convenido en que Inglaterra es el mejor modelo para todo.

\* \* \*

El prefecto de Atenas ¡oh, cuán poco ateniense! ha dado á rajatabla la orden de que todas las artistas extranjeras que se exhiben en los teatrillos y salones—cines en griego—sean sometidas—¡oh, manes de Friné! ¿dónde hallar aticismo para ex-



presar el ultrajante concepto?—á una inspección facultativa, muy relacionada en verdad con algunos dioses de la Mitología: la diosa del Amor y el dios del Comercio; pero, hasta ahora, nada relacionada con Apolo, dios de las Artes, á no ser por parte de hijo, ó sea Esculapio, dios de la Medicina.

Las ofendidas han puesto el grito en el Olimpo, y mientras, de allí vienen los rayos, en sus Embajadas y Consulados respectivos. Si que hay para una intervención. Por lo pronto, en la primera ojeada han resultado dos virtudes sin detrimento. No es mal reclamo, con certificación facultativa y todo. Pero el que luzcan dos virtudes no es razón para deslucir las de otras señoritas. Siempre se dijo que las comparaciones son odiosas. Aparte de que es ocasionado á errores localizar la virtud en estos tiempos, y la ciencia no ve el fondo de los corazones.

Lo malo será que algún prefecto de por acá se sienta helenista y quiera traducir al ateniense. Ciertó que hay escenarios por esos teatros que más parecen aceras, y

aun arroyos; pero, en fin, aunque en ellos el Arte no sea ni su sombra, todavía debe amparar con su nombre á las pobres mujeres que en él buscan sagrado. Y, en todo caso, la inspección no debiera aplicarse sólo á las artistas, sino á los espectadores, especialmente al cerebro. Puede que no se encontrara uno sin tacha, como la virtud de esas dos chicas, en Atenas.





VI

Por los que hacen ostentación de lo superfluo cuando lo más preciso escasea, se dijo: «Gran tocado y chico recado». Nuestra vanidad de hidalgos ha cambiado los términos, y ahora, con el monumental evacuatorio de la Puerta del Sol, bien puede decirse de nosotros lo contrario: Chico tocado y gran recado», con la significación que la palabra *recado* tiene en Andalucía.

Si las *preciosas* ridiculizadas por Molière poetizaban, denominando *Le superflú de la boisson*, á lo que tiene más bajo nombre, los madrileños hemos puesto una superfluidad al servicio de esas superfluidades.

El suntuoso evacuatorio vendrá á ser, como el mondadientes paseado por aquellos hidalgos del siglo xvii: más para engañar la curiosidad ajena que el estómago propio.

34320



Todo quiere principio, y bueno es empezar por algo, aunque se empiece por el final; como en este caso se ha procedido, en el orden de las funciones digestivas.

Lo que no me parece tan bien es el emplazamiento; pues si Madrid es el centro de España y la Puerta del Sol el centro oficial de Madrid y de ella ha venido á ser ornamento principal, con perjuicio del ministerio de la Gobernación, ese precioso evacuatorio, véase lo que viene á ser el centro de España. Esperemos que no haya confusión en tiempos de elecciones y cada asunto se despache en su departamento adecuado.

\* \* \*

Un periódico de París, en cariñoso saludo de despedida á Mlle. Sorel, la pronostica un gran triunfo entre nosotros y nos dice de paso que, gracias á la bella *socia* de la Comedia Francesa, podremos aquí admirar esos monumentos de la literatura francesa que son: *Demi-monde*, *Antony*, *L'Aventuriere*, etc.

De ayer por la tarde fué cuando D. José Valero representaba el *Antony*, de Dumas padre, y también de hoy por la mañana cuando la Virginia Marini, en italiano, y María Tubau con Emilio Mario y Sánchez de León, en castellano, nos dieron á conocer el *Demi-monde*, de Dumas hijo. En cuanto á *L'Aventuriere*, representada en el teatro de la Comedia, de Madrid, por Coquelin, admirable de todo punto en el papel de D. Aníbal, el rufanesco hermano de doña Clorinda, había sido representada muchos años antes, en excelente traducción, no recuerdo ahora si de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda ó de doña Carolina Coronado. De modo que si no es por mademoiselle Sorel, nos quedamos tan ignorantes.

Algo hubiera ganado la distinguida actriz con seguir cultivando nuestra ignorancia y dejarnos la impresión de su elegante silueta en la favorable y lejana irrealidad de las postales y de las cajas de cerillas, poetizada por ese encanto en que París en vuelve á sus artistas, siempre hermosas, siempre jóvenes, siempre espirituales, siem-



pre vestidas de armiños y de encajes, siempre cubiertas de perlas y diamantes... ¡ Oh presencia, presencia, destructora de encantos! Ayer fué la Cleo de Merode, hoy es la Sorel... Los adolescentes ilusionados que os vieron de cerca, ya no volverán á extasiarse ante las postales y las cajas de cerillas. ¡ Oh princesas lejanas, como la de Rostand: ¿ Por qué os acercasteis nunca para decirnos que no sois como érais?

\* \* \*

Los tripulantes de un barco, en mares de Australia, han presenciado la más descomunal batalla imaginable. Treinta y seis ballenas machos luchando por una sola hembra, Elena de esta *Iliada* entre cetáceos. Ya no es sólo por las calles de Madrid por donde no puede andar una señora sola. Cierto que los batalladores cetáceos tenían en su disculpa la enorme desproporción entre el género masculino y el femenino. ¡ Treinta y seis para una! ¡ Pobre ballena, que no encontraría en tal apuro ni á un pez espada para defenderla!

Este suceso es el que ha determinado, sin duda, la formación de una Liga contra la pornografía. Todos los días no puede uno hacerse cargo de todo; así es que cada cuatro ó cinco años nos hacemos cargo de una cosa. Ahora que va decayendo la pornografía, conseguiremos que vuelva á tomar incremento con dedicarnos á combatirla.

Parece ser que el medio indicado es el *sport*. ¿ De veras? ¿ No será el exceso de *sport* y el de los ejercicios físicos lo que haya embotado las inteligencias para goces más espirituales y más artísticos? Adviértase quiénes son los que gozan en el teatro con las groserías y las marranadas; no son los que han leído á Ibsen: suelen ser los que se aburren con la representación de cualquier obra de verdadero arte. ¿ Quiénes son los que leen las novelas pornográficas? Los que no leen ninguna otra, porque nada dice á su inteligencia.

Bueno está fortalecer los músculos; pero no estará de más fortalecer el cerebro. Un error lamentable de educación tiende á suprimir todo esfuerzo mental en el estudio, ya nadie quiere calentarse la cabeza; que-



remos que todo sea agradable, fácil, ligero : ya todo el *lata* para el vaporoso cerebro moderno.

Es preciso que la inteligencia tenga también su gimnasia ; porque si durante todo el día no hemos hecho más que correr, saltar y darnos de puñetazos, ¿cómo vamos á entender por la noche *La vida es sueño* mejor que unas canciones por todo lo bajo y un garrotín por todo lo alto?

Yo sé que en los tiempos de mi juventud nos obligaban á estudiar con trabajo, y todo el *sport* era algún marro, jugado en algunos sabrosos novillos ; pero sé que llegaba un domingo por la tarde y preferíamos gastarnos los cuartos de nuestro pobre peculio de estudiantes, en admirar á Elisa Boldún y á Rafael Calvo en alguna obra del teatro antiguo. Y los mozos de ahora se van al *cine* á relinchar como potros, á insultar á las pobres mujeres, y cuando van á un teatro serio, por moda, no por gusto, creen que es todavía el *cine*. Pues estos mozos son los que, por higiene, tienen seis horas de gimnasia, de *sports*, de armas, y media hora de estudio ligero, muy ligero, no se caliente el

niño la cabeza. No ; más vale que se le rompa por fuera de un golpe ó de un batacazo, que no se le caldee por dentro al chocar de dos ideas.





VII

Debe de ser un encanto gobernar un país, como ser jefe de una familia en que reine de continuo la mayor unanimidad de pareceres. Si el Gobierno no se ha enterado todavía de la verdadera opinión nacional en los asuntos de Marruecos... Unos que: «Vamos allá, que para luego es tarde, que allí está nuestro porvenir». Otros que: «Nada tenemos que hacer allí, que Marruecos es como los amores y las zarzas, donde, según el refrán, quien en ellos se metiere entrará cuando guste, mas no saldrá cuando quisiere».

Hay señor, de los expansivos y belicosos, que, como caballero particular, le basta con un piso muy reducido, con habitaciones de un metro en cuadro, para todas sus expansiones; pero, como ciudadano español, teme ahogarse entre las fronteras naturales y le parece que le va á faltar aire si, por abajo,



no llegamos hasta Tetuán y, por arriba, hasta qué sé yo dónde; como si, por mucho que se dilaten las fronteras, no vinieran á parar al fin en vecindades más ó menos molestas y peligrosas. El Imperio universal está muy desacreditado, por aquello de: «Quien mucho abarca, poco aprieta». Y nadie abarcó ni apretó más que nosotros, y no es cosa lo que nos ha lucido el pelo.

Otros lo toman por lo agrícola, y como en España ¡á Dios gracias! ya no queda sitio para plantar una mata de habas, se extasían considerando las siembras y plantaciones que podemos extender por los territorios conquistados. Por aquí, tabaco; más allá, pimientos; detrás, unas coles, y, entre col y col, lechugas. ¡Qué porvenir, qué riqueza!

A todo esto, la verdadera opinión, que, como siempre, es la que nada dice, y hace mal, como siempre, piensa que: del lobo un pelo, y de la hermosa Dulcinea de esos andantes caballeros, que no andan, un retrato, siquiera tamaño como el blanco de una uña; como pedían los mercaderes á Don Quijote, para proclamar, con algún

fundamento, la soberana beldad de su dama.

Lo cierto es que, de América, con todos los errores y todas las torpezas, se sacó algún provecho, y aun colea; pero de Africa no sacamos más que romances; muy heroicos, pero nada prácticos. Las guerras modernas van por otros caminos. Los ejércitos son hoy avanzadas de los viajeros de comercio. Pero es muy triste cosa que, cuando un ejército se haya cubierto de gloria v pueda decirnos: «Aquí está todo este territorio que os hemos conquistado», haya que responderle: «¿Y qué hago yo con esto?»

\* \* \*

¡Dichosos tiempos éstos en que, por cada pierna que podemos mover, y aun echar por alto, tenemos una liga que nos sujete y nos impida andar en malos pasos! Hay ligas femeninas, hay ligas masculinas, las hay de ambos sexos; las hay para todo y contra todo. Esta de ahora, contra la pornografía, promete ser de las más batalla-



doras. ¿Será verdad que estamos tan encenagados? ¿Se escriben y se publican más libros pornográficos que en otros tiempos? ¿El teatro es más inmoral que lo ha sido nunca? ¿Se escandaliza por esas calles como en ningún otro período histórico?

Yo creo que no; lo que yo creo es que ahora, como nunca, le ha dado á todo el mundo por enterarse de todo y por hablar de todo, y... ¡oye uno á señoras y señoritas, niñas y niños, tratar de unos asuntos! Sucede como en esos países de clima templado en que las casas están mal acondicionadas para el invierno: cuando quiere uno estar abrigado, hay que echarse á la calle. Lo mismo es con la pornografía moderna. La calle está á mejor temperatura que las casas.

Ciertos libros, ciertos teatros, solicitan á un público especial. ¿Qué culpa tienen ellos de que todo el público los busque? Los que se indignan con la literatura pornográfica, ¿están seguros de haber dispensado su protección á la literatura honesta? Los que protestan contra las obras inmorales en el teatro, ¿están seguros de no ha-

berse aburrirido en la representación de alguna comedia moralísima?

No me cansaré de decirlo; lo que llamais pornografía tiene su origen principal en la exagerada ñoñería. Por ñoñería cultivais la incultura, y ahí tenéis el fruto. Impedís que vuestros hijos y vuestras hijas afronten cara á cara, como la luz del sol, una verdadera obra de arte, y, es claro, como algo han de leer, leen á escondidas cualquier porquería; y como no tienen formado el gusto para saborear cosa mejor, les parece excelente.

Si no les permitís admirar las obras maestras de la escultura, ni los desnudos del Tiziano, ¿cómo no han de recrearse, á hurtadillas, con alguna colección de postales que sólo puede causar asco en quien más alta y más pura belleza haya contemplado?

Cuidad de vuestros hijos en casa y no os cuidéis tanto de la calle; que nadie sale á buscar en ella lo que le prohibieron que buscara, sino lo que le enseñaron á buscar.



## VIII

En los Estados Unidos un matrimonio ha realizado, efectivamente, ese duelo á muerte que es todo matrimonio. La esposa, el adversario, según Capús, lo ha sido en este caso con todas sus consecuencias. Con mayor lealtad, al batirse á pistola con su marido, que tantas otras mujeres en ese duelo continuo á pinchazos, pellizcos y mordisquitos—morales, por supuesto—que tienen su campo de honor á todas horas, en la mesa, en el despacho, en el cuarto de costura, en el mismo tálamo, y por testigos, á parientes, criados, vecinos, visitantes y á la misma prole de los combatientes.

—Contigo no hay quien pueda. No haces más que tonterías. Ahí tienes á Fulano; ¡si fueras como él! ¿Por qué seremos tan tontas las mujeres honradas?—¡Oh, la perfecta comunicación de vidas! ¡Oh, mujer nuestra, nunca nuestra! Si sabemos algu-



na vez cuál es tu pensamiento, es porque piensas siempre lo contrario, y aun sabes burlar nuestras suposiciones, pensando en una distinta contrariedad contraria á cuanto pensamos. Tú eres la conciencia del hogar cuando, por la Patria o por la Humanidad, sacrificamos conveniencias familiares, y eres la conciencia acusadora, en nombre de la Patria y de la Humanidad, si nos dejamos seducir por tu voz de sirena doméstica. Nos quieres mezquinos por ti, y nos quisieras después grandes á pesar tuyo.—Déjate de cuentos; sé como todos—nos dices antes.—Déjate de cuentos. ¿No ves cómo eres lo mismo que todos?—nos dices después.

¿De qué es tu cariño, que siempre nos quiere otros? ¡Oh, mujer nuestra; siempre dolorida; malograda siempre, y nunca nuestra!

\* \* \*

Al aficionado de sangre—no diremos á la sangre, por no ofenderle—no le basta con la lucha entre el torero y el toro; necesita

que haya lucha también—en este caso se llama competencia—entre los toreros. Cuanto mayor y más enzarzada es la competencia, mayor brillantez logra el espectáculo. No hay duda; del toro puede huirse, pero ¿cómo huir del competidor que viene azuzando? En todos los órdenes de la vida es bueno que haya conservadores y liberales, y hasta revolucionarios á la expectativa, que son los no contratados, que de todo murmuran. ¡Pues digo si los que van llegando y los que están al llegar no empujarán á los que han llegado! ¿Qué sería de nosotros si Maura y Bombita, La Cierva y Machaquito se vieran dueños y señores del redondel? Por fortuna, las empresas comprenden sus intereses y avivan la competencia. El que quiera torear que no sea conservador... de su piel. Y el que quiera gobernarnos que no sea liberal... de la nuestra.

\* \* \*

Como nuestra buena amiga, la de Trafalgar, nos ha salido algo «cocota», pero de las



prácticas, ahora hemos caído en la cuenta de que mejor nos hubiera estado poner nuestros amores y nuestra confianza en la señora Germania, que, aunque burguesota y carillena, es señora formal y de peso.

A buena hora, mangas verdes; para que nos respondan con el ademán más adecuado á esa parte de la indumentaria. Bien que, para justificar nuestra conducta, podíamos recordar el cuento de aquella novia á quien, en vísperas de la boda, el novio apremiaba para la concesión de ciertos anticipos á cuenta, y como ella se resistiera bravamente, y después de todas las ceremonias nupciales el novio la dijera: «Anduviste muy discreta; si me haces el menor anticipo, no me caso contigo»; ella entonces, con la mayor inocencia: «Sí, ¡que soy yo tonta! Ya me había pasado dos veces».

De donde se deduce que para sacar marido ó aliado no conviene hacer el menor anticipo, sino estar á las resultas, que es la mejor proporción y acomodo.

\* \* \*

Max Rheinhardt, el primer director escénico de Alemania, ha obtenido un triunfo de alabanzas, de burlas y de discusiones en la representación, en la pista de un circo, del *Edipo*, de Sófocles, y el *Ricardo II*, de Shakespeare. La prueba es digna del inteligente director, y según sus admiradores incondicionales, en los tiempos modernos no se había logrado tan exacta presentación de la tragedia griega en toda su grandeza. El coro, verdadero protagonista en ella, recobra así toda su importancia, invadiendo la pista por diferentes partes, como verdadera masa popular, interviniendo en la acción á cada paso espectador y actor al mismo tiempo.

En cuanto al *Ricardo II*, de Shakespeare, como todos los dramas históricos del mismo autor, creo que sólo en un circo pueden hallar su verdadero escenario. Allí pueden evolucionar guerreros y caballos; allí pueden sucederse los varios episodios, todos interesantes y todos necesarios. Y, en efecto, las representaciones primitivas de esas obras, en tiempos de su autor, actor y empresario, más semejanza tenían con la



representación de una pantomima de circo en nuestros tiempos, que con las representaciones de esas mismas obras en nuestros modernos teatros. Los actores pasaban á caballo entre el público; como aun hoy, por tradición teatral, puede verse en Granada, en las representaciones de la famosa Toma, y como era uso también en nuestros corrales; y actriz hubo, como la Bárbara Coronel, más celebrada por su arrogancia de amazona que por sus méritos de comedianta.

Todo vuelve á fuerza de buscar novedades, y el mayor progreso escenográfico está en volver á la sencillez de los teatros primitivos. El teatro vive, ante todo, de la imaginación, y á la imaginación, ó se la engaña con muy poco ó no se la engaña con nada. Hay algo con que se la engaña siempre: el interés y la emoción. Sófoeles y Shakespeare no necesitaban de los ojos del espectador; con los oídos les bastaba.

## IX

Después de leer el libro *L'art de bien tenir sa maison*, publicado en París por la biblioteca «Fémina», cae uno en la cuenta de cómo es preciso renovarse ó morir, según la frase de Gabriel D'Annunzio. Hay que renovar nuestra educación cada diez años, por lo menos, si no quiere uno caer en graves faltas de tacto y de buen gusto. Parece que esto de la urbanidad y del trato social debiera estar sujeto á leyes más permanentes; nada de eso; lo que ayer era exquisita cortesía, hoy es ordinario; lo que ayer acreditaba á cualquiera como hombre de sociedad, hoy le pondría en el más lastimoso ridículo. La exacta observación de las famosas máximas del barón de Andilla podrá hacer del más zafio patán el más cumplido cortesano. ¡Eran tan claras, tan sencillas, tan aplicables! Ya por los tiempos de su publicación empezaba á desecharse



tradicionales reglas de buena crianza. Dice el barón:

«Hoy, en la mesa principal, es uso servir trinchado ya: sistema ruso.»

Nadie ignora que allá en los años en que Larra escribía su *Castellano viejo*, nada acreditaba tanto á una persona de finura y cortesanía como su habilidad en el arte cisoria, mostrada al trinchar un ave entre la admiración y el aplauso de los comensales... Arte y habilidad perdidos, cuya tradición sólo conservan algunos cirujanos modernos, tal vez por atavismo, tal vez porque consideren, como el filósofo, que el hombre es un ave sin plumas.

Lo cierto es que ha de estar uno siempre pendiente de estos utilísimos Códigos de la buena crianza, que, con los títulos de *El modo de vivir en sociedad*, *El perfecto caballero*, *La verdadera gran dama*, *El arte de servir la mesa*, *La educación y las buenas maneras en sociedad*, *Las buenas formas en el cine*, y otros por el estilo, más ó menos afrancesados, como á toda fiel traducción corresponde, nos impiden estar en

ridículo ante las nuevas generaciones. Ya debe uno entrar con los guantes puestos en un salón, ya debe uno quitárselo; ya debe uno besar la mano á la señora de la casa, ya no debe besarse nada; ya está bien ofrecer el brazo á las señoras, ya es una ridiculez de mal tono; ya deben presentarse unas á otras todas las personas reunidas en un salón, ya no debe presentarse á nadie para no imponer nuestras relaciones, aunque el sistema de la abstención es muy peligroso. ¡Cualquiera empieza á murmurar de nadie en una reunión donde la mayoría de las personas nos son desconocidas! A lo mejor suelta usted su murmuración y se hace un silencio de hielo; mira usted á su alrededor y todo son risitas mordidas para no soltarlas; sólo ve usted dos caras muy serias: la de la señora de la casa y la de otra señora. No hay duda: se ha metido la pata. Y si la murmuración se dificulta, ¿de qué se habla en sociedad? El tema teatral se agota pronto. ¿De toros? No es conversación para señoras y pueden hallar alusiones molestas en lo más inocente. Yo creo que, no sólo se debía presentar á todo el mundo,



sino que todos debiéramos llevar colgado un pequeño cuadro de nuestra genealogía: profesión, opiniones religiosas y políticas, asuntos de que se puede hablar en nuestra presencia y asuntos que no deben mentarse. En toda reunión está siempre pendiente la plancha de Damocles, pronta á caer sobre la cabeza del primer indiscreto.

¿Y las comidas? Cualquiera se sienta hoy á una mesa de etiqueta sin llevarse muy aprendido el destino y aplicación del sinnúmero de utensilios de diferente forma indispensables en toda mesa de buen tono. Pinzas, garfios, tijeras, cuchillos de mil formas: unos para comer los espárragos con pulcritud; otros para triturar con gracia los cangrejos; un chisme para cada cosa, y viceversa. ¡El ideal feminista! Una mesa moderna parece el aparador de un dentista, con su imponente colección de instrumentos relucientes. Y ya se estila adornar la mesa; ya es de mal gusto recargarla de adornos; y hoy no es de buen gusto comer mucho pan; y mañana se debe comer tóstado... Hay para llenar una existencia con el estudio de estas que no pueden considerarse me-

nudencias, pero que á lo mejor deciden de nuestra suerte en la vida.

\* \* \*

Publicación muy interesante y muy digna de que se solicite atención para ella es la nueva revista *Archivo de Investigaciones Históricas*. Por el contenido de los números publicados puede apreciarse su importancia. Seguramente su editor no aspirará á enriquecerse con ella; ya se contentará con no empobrecerse, de dinero y de ilusiones, que también valen algo. En España no hay gran afición á los estudios históricos documentales, y mucho menos á enfrascarse en la lectura de documentos auténticos. Estudiamos la Historia; mejor dicho, nos la dan estudiada, si estudiar puede llamarse á esto, por grandes síntesis. Las grandes síntesis son de una gran comodidad. Con decir: «La Historia se divide en tres edades: antigua, media y moderna»; con atribuir á cada una de ellas un carácter general, según las opiniones políticas del historiador, ya estamos al cabo de la calle y de los siglos. Y es lás-



tima, porque sólo por el conocimiento de la Historia puede formarse la verdadera conciencia de un pueblo. Si la verdadera ciencia de gobernar consiste, como la ciencia del agricultor, en el conocimiento del terreno que ha de cultivarse, sólo el conocimiento de la Historia puede enseñarnos cómo puede cultivarse el espíritu de los pueblos para no exponerse á sembrar en terreno estéril ó á malograr cosechas por no conocer el terreno y lo que en él puede sembrarse con esperanza de buen fruto. Aquí sembramos á tontas y á locas; allá van leyes y allá van proyectos; esta ley de Francia; aquélla de Inglaterra; sin cuidarse si en esta tierra española podrán tener buen arraigo y floración lucida.

\* \* \*

Un libro raro también entre los libros recientemente publicados: *Mundo interior*, de un escritor joven: García Martí, que se nos presenta en su libro con esa serenidad espiritual que sólo la fe religiosa ó la fe en nosotros mismos pueden asentar en nuestro espíritu. Si esa serenidad fuera literatura,

aun sería estimable el libro; mas tengo razones para creer que llegó al libro después de luchas muy hondas. Aun llora la resignación en esas páginas; aun se percibe el fragor del combate. Lo que pudiera parecer inspiración de otros escritores, es aquí como nueva emoción, acrecida por las palabras de un amigo que supo acertar con el secreto de nuestra alma. Y así llega también á nosotros este libro, como un buen amigo que todo lo comprende y lo perdona todo y con la serenidad de sus palabras viene á poner calma en nuestro corazón atormentado.

Y un saludo para un libro de cuentos: *La Serafina*, del veterano escritor Sr. Tusquets, no tan conocido como debiera serlo; pero sí muy estimado de cuantos le conocen. Escritor que no vivió atento á veleidades de modas literarias; que emprendió su camino por la novela naturalista, cuando apenas se hablaba del naturalismo en España. Otros, con menos merecimientos, lograron más ruidosos aplausos. Olvidamos demasiado pronto. No es el Sr. Tusquets, el autor de *La hembra*, de los que deben ser tan injustamente olvidados.